

## ¿Qué después del pluralismo?

### Ulises aún en camino

Ricardo Bernardi\*

#### *Nota introductoria:*

*Tal vez quienes lean el trabajo encuentren un poco extraño el tono personal empleado. A mí también me resultó extraño escribirlo de esa manera, pero el trabajo fue escrito a pedido del Psychoanalytic Inquiry y el pedido fue el de relacionar ideas personales sobre el psicoanálisis con la propia autobiografía. El Psychoanalytic Inquiry es una revista que se caracteriza por explorar perspectivas innovadoras o poco convencionales sobre temas psicoanalíticos de actualidad. En este caso le pidieron a analistas de distintas regiones que escribieran acerca de cómo evolucionaron sus ideas después de formarse como analistas, poniendo el acento en su peripecia autobiográfica y en la atmósfera cultural de su país y de su Sociedad Psicoanalítica. En el primer número, dedicado a Norteamérica escribieron Roy Schafer, Evelyn Schwaber, J. Grotstein, M. Borstein y otros, y se tituló: "De la Psicología del Yo al Pluralismo y la Diversidad: una Odisea Psicoanalítica Americana". En el prólogo comentan que la creciente pluralidad y depolarización de las ideas psicoanalíticas es una característica que atraviesa las diferentes exposiciones. Busqué tomar esta observación como punto de partida de mi relato.*

No es fácil transmitir qué significa ser psicoanalista en Montevideo. No me refiero solamente a las dificultades para comprender uno mismo y explicar luego a los demás qué significa ser psicoanalista, sino a algo más sencillo. Después de decir Montevideo, no es raro que cuando el interlocutor es de otro continente se produzca un silencio que para mí es embarazoso: ¿Debo decir dónde queda Montevideo? Si lo hago, el interlocutor puede sentir que no confío en sus conocimientos geográficos. Pero si no lo hago, los equívocos pueden ser mayores. Entonces opto por decir rápidamente que Montevideo es la capital del Uruguay, un pequeño país entre Argentina y Brasil, situado en la desembocadura del Río de la Plata. No es muy diferente lo que me ocurre cuando debo referirme a mi identidad psicoanalítica. Recuerdo que hace unos 15 años yo integraba el comité científico de un Congreso Internacional de Psicoanálisis y alguien me preguntó durante una de las reuniones cuál era mi orientación o enfoque en psicoanálisis. En ese momento quedé en blanco sin saber qué responder. Obviamente esto no se debía a que nunca hubiera reflexionado sobre el tema – en realidad hacía poco había escrito sobre problemas relacionados - pero en ese momento me di cuenta que los

elementos definitorios de la identidad que tenían sentido dentro de las discusiones locales de mi sociedad, probablemente significaban muy poco para un oyente perteneciente a otro contexto cultural. Atiné a decir: “Freudiano, pero en realidad buscando recuperar los aportes de la tradición local, que sufrió una fuerte influencia británica por un lado y francesa por otro...”. Y afortunadamente en ese punto opté por callarme. Demasiadas palabras para una pregunta aparentemente tan sencilla. Pero esta es la ocasión de retomar esa pregunta, que nunca me resultó en realidad sencilla y de intentar narrar algunos episodios de una odisea personal y colectiva en torno al pluralismo. Debido a las circunstancias que voy a relatar, el pluralismo no fue en mi recorrido personal un punto de llegada sino de partida. Eso hizo que pasara a primer plano otra pregunta: una vez admitida una pluralidad de opciones teóricas y técnicas ¿en qué dirección se debe seguir avanzando?

Para comprender lo que estoy diciendo es útil recordar algunos aspectos de la historia del psicoanálisis en el Río de la Plata. El interés por el psicoanálisis aparece en los círculos culturales de Buenos Aires y de Montevideo en las primeras décadas del siglo XX. En 1938 comenzó a formarse la Asociación Psicoanalítica Argentina, la cual tuvo un rápido desarrollo. Unos años después, en 1954 un matrimonio de psicoanalistas del grupo argentino, de origen francés, Willy y Madelaine Baranger pasó a residir en Montevideo, donde vivieron hasta 1965, para ayudar al incipiente grupo uruguayo a desarrollar su propia sociedad psicoanalítica. Durante ese período inicial el psicoanálisis tomó una orientación netamente kleiniana tanto en Buenos Aires como en Montevideo. Desde el punto de vista de la historia de las ideas no es fácil decir por qué esto ocurrió así. Los analistas que habían venido de Europa (A. Garma y C. Cárcamo) no habían tenido una formación kleiniana y el grupo local inicialmente estaba interesado en múltiples autores. Sin embargo, ya en el primer número de la Revista de Psicoanálisis argentina se incluye un capítulo del libro “*Psicoanálisis de niños*” de Melanie Klein, traducido por Arminda Aberastury. Seguramente tanto ella como probablemente su esposo, E. Pichon Rivière, influyeron en la introducción del pensamiento de M. Klein en Buenos Aires y en Montevideo. La teoría kleiniana, en especial las fantasías y los mecanismos primitivos descritos por Melanie Klein, se convirtieron rápidamente en una clave aplicable a problemas de muy distinto tipo, no sólo las neurosis sino también el análisis de niños, las psicosis, la psicósomática, los grupos terapéuticos, etc. Las ideas kleinianas se convirtieron progresivamente en una ortodoxia que dominó la escena de los institutos del Río de la Plata y de otros grupos de América Latina. También sirvieron de estímulo para contribuciones originales, muchas de las cuales contienen intuiciones que aún no fueron plenamente desarrolladas (E. Pichon Rivière, E. Racker, W. Baranger, J. Bleger, D. Liberman, H. Etchegoyen, etc.). La hegemonía kleiniana duró hasta fines de los años 1960s, en que comienza a crecer la influencia de otros autores británicos (W. R. Bion, D. W. Winnicott) y luego la de autores franceses, en especial J. Lacan. La década de 1970, por tanto, muestra ya la presencia de una pluralidad de enfoques en el Río de la Plata.

Durante esa década (1970s) yo comencé mi práctica como psiquiatra y realicé mi formación psicoanalítica. El momento en que me gradué coincidió con el comienzo de un nuevo programa de estudios en la Facultad de Medicina. En el sector de salud mental este cambio buscaba introducir una perspectiva psicodinámica en la comprensión de la relación médico-paciente y estaba

liderado por psicoanalistas uruguayos (J. C. Rey, M. Viñar, etc.), con la colaboración de analistas argentinos (J. Bleger y H. Etchegoyen). Cuando me gradué como médico, en 1969, fue para mí un orgullo entrar a trabajar con este grupo de analistas. Estos cambios formaban parte de un cambio en la enseñanza de la medicina que buscaba que el estudiante tomara un papel más activo en su formación, de acuerdo a ideas que aún mantienen en muchos casos vigencia en el mundo de la educación médica. Durante esos años la Asociación Psicoanalítica del Uruguay también vivió un proceso de reforma de la enseñanza, animada por un espíritu en algunos aspectos similar. Esto no fue casual, si tomamos en cuenta que en muchos casos los mismos analistas estuvieron activos en ambas instituciones. La categoría de "Analista Didáctico" fue sustituida por tres grupos con funciones (analistas, supervisores y docentes del instituto) que funcionaban con cierto grado de autonomía. Un analista podía formar parte de uno de estos grupos y no de los otros. Los candidatos, tuvieron representación directa en las reuniones de la dirección del Instituto, como ocurría en la Universidad de la República. Estos cambios siguen vigentes y su efecto ha sido positivo. Si bien obviamente no han servido para resolver todos los problemas, han permitido limitar la acumulación de poder en manos de pequeños grupos y para mantener abierta la pluralidad de orientaciones.

Pero al mismo tiempo que mi formación psicoanalítica se daba en un Instituto en el que predominaba la libertad de pensamiento, en el país, en uno de esos contrastes tan frecuentes en Latinoamérica, se vivía un proceso inverso, de pérdida de libertades democráticas. Tanto en Argentina como en Uruguay ocurrieron graves conmociones sociales: movimientos guerrilleros urbanos primero, y luego una dictadura militar, que en Uruguay se extendió entre 1973 y 1985 y trajo graves atropellos a los derechos humanos de la población. Esto llevó a que algunos analistas emigraran del país. Yo permanecí en Uruguay, pero fui expulsado de la Universidad por no apoyar a las nuevas autoridades. Esta expulsión implicaba la prohibición de entrar en los locales universitarios, con lo cual no sólo perdí mis cargos docentes, sino también un trabajo como investigador en un Centro Latinoamericano de Perinatología y Desarrollo Humano dependiente de las Naciones Unidas (PAHO-WHO) que tenía su sede en el Hospital Universitario. La situación equivalía a una muerte civil: era difícil obtener el pasaporte, no se podían ocupar cargos públicos, o ser directivo de sociedades civiles, etc. Aunque cueste creerlo, todos los ciudadanos estábamos clasificados en tres categorías (A, B, y C) y sólo quienes eran aceptables para el gobierno (la categoría A), podían ejercer plenamente sus derechos civiles. Para dar una idea: durante esos años la Asociación Psicoanalítica del Uruguay debió tener dos listas de autoridades: una formal, integrada por las pocas personas aceptadas por el control policial, y otra distinta, que era quienes desempeñaban realmente las tareas, pero no podían aparecer en forma pública. Cuento todo esto porque creo que este tipo de situaciones lleva a valorar más la libertad de pensamiento tanto en la sociedad como dentro del grupo psicoanalítico.

En esos años me casé con mi actual esposa (profesora de literatura y luego psicoanalista) y tuve tres hijos. También en ese período perdí a mis padres. La Asociación Psicoanalítica se volvió muy importante para mí pues era el único ambiente científico del que podía formar parte. Las actividades intelectuales siempre habían ocupado un lugar importante en mi vida, a lo que me predisponía el ser hijo único de una familia de clase media que ponía muchas

expectativas en el desarrollo profesional. En esos años me psicoanalicé, lo cual me ayudó a superar limitaciones en mi vida afectiva. Cuando aún me estaba formando como psiquiatra participé de un tratamiento psicoanalítico de grupo, que tuvo un encuadre estricto de acuerdo al enfoque kleiniano y bioniano rioplatense de la época. El terapeuta (J. C. Rey) privilegiaba las interpretaciones de la fantasía grupal en el aquí y ahora transferencial. Las fantasías grupales de tipo destructivo fueron muy jerarquizadas en las interpretaciones, lo cual no resultaba arbitrario, pues uno de los integrantes del grupo había muerto en un accidente de auto al comenzar el grupo y eso había afectado profundamente al grupo. Muchas cosas me impactaron en ese primer contacto con el psicoanálisis. Las interpretaciones en el aquí y ahora me llevaron a prestar atención y comprender de una forma distinta los sentimientos míos y de los demás. Creo que al terminar el grupo algo había cambiado definitivamente dentro mío. Luego me analicé varios años con Mercedes Garbarino con quien sentí que realizábamos una búsqueda compartida, a veces difícil, pero en la que tenía una gran sensación de libertad interior. Probablemente el momento de cambio que vivía nuestro grupo psicoanalítico, con la existencia de múltiples esquemas referenciales, favorecía que el analista realmente tuviera una actitud menos dogmática frente a problemas que podían tener más de un modo de ser enfocados. Tuve una sensación similar en dos reanálisis más breves que realicé posteriormente con Sélíka Mendilaharsu en momentos difíciles de mi vida. Creo que esta libertad durante el análisis desarrolla una disposición favorable al autoanálisis, o al menos a una actitud de mayor tolerancia hacia lo que no comprendemos en nosotros mismos o en los demás. Esta mayor tolerancia a la incertidumbre unida a una menor credulidad respecto a las explicaciones que uno se brinda a sí mismo es una gran ayuda, frente a las dificultades que surgen en la vida cotidiana. En momentos en los que los problemas internos fueron más importantes esto no fue suficiente y debí recurrir al reanálisis. Estos reanálisis fueron breves y con baja frecuencia semanal, pero me resultaron de gran utilidad. Muchos colegas de mi país comparten esta opinión sobre este tipo de reanálisis de baja frecuencia semanal.

Entre 1975 y 1980 completé mi formación psicoanalítica en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. En aquel momento existían opiniones controvertidas respecto a la conveniencia de que un psicoanalista se dedicara exclusivamente al psicoanálisis y dejara toda otra actividad de lado. Como dije, la situación creada por la dictadura me había obligado a dedicarme exclusivamente a la práctica privada del psicoanálisis y de la psiquiatría dinámica, pero en los años anteriores además de la docencia en la Facultad de Medicina yo había cursado estudios de Psicología y de Filosofía de la Ciencia y había ocupado cargos docentes en la Licenciatura de Psicología y en la Licenciatura de Filosofía. Por esa razón mi admisión como candidato fue discutida y si bien fui aceptado se me hizo notar que se pensaba que mis múltiples intereses podían constituir un problema potencial. Años después un colega de otra sociedad me planteó la misma inquietud, diciéndome que no creía que una persona pudiera mantener sus manos aptas para la cirugía y a la vez trabajar como albañil. Esta concepción me pareció profundamente equivocada, pues creo que los pacientes se benefician si los analistas mantenemos un interés activo por los conocimientos desarrollados en áreas vecinas. Tengo la impresión de que la educación psicoanalítica todo a lo largo del mundo está muchas veces más preocupada por defender la pureza de

ciertos modelos ideales, que por investigar realmente el beneficio que los pacientes obtienen de estos modelos. Muchas veces se da por supuesto que lo que está de acuerdo con el modelo ideal necesariamente es lo mejor para el paciente y no se investiga en qué medida esto es realmente así.

Una de las grandes virtudes del pluralismo fue la de permitir tomar conciencia de que, al existir diferentes modelos ideales de lo que es “verdadero psicoanálisis”, cada uno debe optar por la forma de trabajo que considera más beneficiosa para cada paciente. Este es sin duda el aspecto luminoso del pluralismo y puedo asegurar que pude apreciar estas ventajas como paciente, como candidato y luego como miembro de mi sociedad. Pero el lado oscuro del pluralismo también existe y se hace presente cuando esta elección se realiza sin un suficiente o adecuado examen crítico de las ventajas y desventajas de los distintos enfoques teóricos y técnicos. Creo que la historia que estoy relatando muestra tanto los aspectos positivos como los negativos de esta situación.

Lo beneficioso del pluralismo estuvo, como dije, en la libertad para entrar en contacto con diferentes formas de pensar y de practicar el psicoanálisis. Esto hizo necesaria una actitud de investigación y de puesta entre paréntesis de las teorías que fue especialmente impulsada entre nosotros por Marta Nieto, pero que en mayor o menor grado estaba presente en todo el Instituto. Quisiera ofrecer un testimonio personal. Recuerdo que cuando debí presentar un trabajo teórico-clínico para ser aceptado como miembro asociado elegí un paciente que durante dos años de supervisión había resultado para mí y para el supervisor muy difícil de abordar, lo que llevó a que en la supervisión se discutiera la utilidad de continuar el análisis. En ese momento la lectura casual de una obra de H. Kohut me resultó extremadamente esclarecedora y, con el acuerdo de mi supervisor, comencé a interpretar de otra manera lo que hasta ese momento resultaba una posición narcisista inabordable. Tanto para mi sorpresa como para la del supervisor, esto abrió el análisis a una serie de sueños y fantasías grandiosas similares a las que H. Kohut describió como transferencia gemelar, que hicieron avanzar el análisis. El supervisor (H. Garbarino) también se interesó por dichas ideas y me alentó a presentar el caso. En el trabajo para ser aceptado como Miembro Asociado puede exponer el camino que había tomado y comparar mi enfoque con otros enfoques teóricos y técnicos más usuales en nuestro medio. Intenté mostrar las similitudes y diferencias del enfoque de H. Kohut con la perspectiva kleiniana y con las ideas de algunos autores franceses. De hecho nunca más tuve un paciente con características tan claras, ni me volví partidario de la Self-Psychology, aunque siempre encontré de gran utilidad clínica muchas de las ideas y descripciones de esta corriente. Con el tiempo me volví también más crítico respecto a la forma en la que nuestras teorías pueden influir en el material, sobre todo cuando tenemos gran necesidad de creer en ellas.

Cada teoría tiende a generalizar sus hipótesis y lleva a ver todo el campo analítico desde esa perspectiva. Por eso son importantes los debates que permitan confrontar diversos enfoques. Pero estas controversias son difíciles por razones históricas y psicológicas. Cuando ingresé a la Asociación Psicoanalítica el predominio kleiniano había decrecido y los analistas uruguayos de más experiencia se fueron progresivamente interesando en otros enfoques, creándose distintas zonas de especialización en torno a diferentes

autores. Surgieron así colegas que tenían especial interés por la obra de Bion, o de Winnicott, o por determinados autores franceses, etc. Con el tiempo comenzaron a desarrollarse posiciones más personales, tanto teóricas como frente a las formas de investigar el material. Esta situación permitió que los candidatos pudieran tomar contacto con distintos modos de pensar dado que existió siempre suficiente libertad para elegir con quién analizarse o supervisar. Sin duda también existían presiones ocasionadas por la moda o por la acción proselitista de ciertos grupos pero diría que esas presiones no eran demasiado fuertes si uno no quería ceder a ellas y no fue en modo alguno el inconveniente mayor creado por esta situación. Tampoco se dio una tendencia a la fragmentación. La obra de S. Freud, aunque interpretada de distinta manera por las distintas corrientes, sirvió aún así como lenguaje compartido, permitiendo la comunicación entre las distintas corrientes. En mi opinión el factor más restrictivo del pensamiento estuvo dado por la tendencia a buscar la base común (“common ground”) en las semejanzas entre las distintas orientaciones, más que en una discusión metódica de semejanzas y diferencias. Por lo común –y esto es algo que creo que ocurre en todas las publicaciones - los trabajos psicoanalíticos citan sólo los aportes convergentes sin examinar en pie de igualdad las hipótesis alternativas. De esta manera se redujeron las posibilidades de conflicto entre colegas, pero también el estímulo para el pensamiento crítico y para la investigación comparativa de los efectos en el paciente. En un nivel más profundo es probable que el pluralismo estimule un funcionamiento tipo “horda fraternal” similar al que señala Freud en Tótem y Tabú. Es posible que cuando en 1965 W. y M. Baranger, que eran los líderes indiscutidos del grupo volvieron a Buenos Aires, el grupo uruguayo buscó un equilibrio de poder e influencia entre los distintos analistas senior y grupos de influencia. Esto fue beneficioso para quienes éramos candidatos, pero también favoreció la tentación de formar grupos afiliados a un determinado autor cuyas ideas se tomaban como indiscutibles. Cuando la identidad se apoya excesivamente en la adhesión a un determinado autor suele producirse una situación similar a la que Freud describió como “novela familiar del neurótico”, o sea, el predominio de una fantasía que nos hace descender en forma directa no de nuestros maestros y analistas reales, sino de figuras distantes a las que idealizamos (Lacan, Klein, Winnicott, etc., - y por supuesto, Freud). Esto es parte de un problema más vasto, a saber, el de la identidad del psicoanálisis latinoamericano y su posición frente a los centros de producción teórica del hemisferio Norte. Ahora bien, en la medida en la que se constituyen diferentes “familias” en torno a filiaciones fantaseadas (porque no hubo suficiente intercambio real o sostenido con los grupos o autores tomados como referencia), se corta la relación con la tradición local y se empobrece la creatividad y la producción de nuevas ideas.

Al terminar mi formación psicoanalítica me encontraba en posesión de una serie de conocimientos teóricos y técnicos que eran fundamentales para mi práctica profesional. A nivel teórico estaba familiarizado, al menos en forma introductoria, con los conceptos fundamentales de algunas teorías (Freud, Lacan, M. Klein, Bion, etc.), y tenía en Montevideo o Buenos Aires colegas y grupos con los que podía profundizar en aquellas ideas que más me interesaran. El estudiar a diversos autores, si se logra discriminar adecuadamente las ideas de cada uno, es extremadamente útil para favorecer una mayor plasticidad personal para crear metáforas o “juegos lingüísticos” que permitan aproximarse a lo peculiar de cada paciente y para estimular ideas

personales en el analista. Pero para que estas ideas puedan desarrollarse adecuadamente hace falta además un proceso colectivo de examen crítico de las diferentes ideas en juego que permita decir cuándo una idea ya no se aplica y cuándo una es más útil a otra y por qué.

Este era el punto donde me sentía más descontento. Si bien el pluralismo me parecía infinitamente superior a cualquier posición dogmática, por momentos me parecía una forma de coexistencia pacífica más útil desde el punto de vista de la convivencia política que científica. Leyendo la literatura psicoanalítica no me resultaba fácil decir en qué medida las distintas teorías eran coincidentes, complementarias, contrapuestas, o si en realidad estaban hablando de cosas diferentes con lenguajes también diferentes. Los conceptos básicos (Edipo, castración, narcisismo, etc.), podían ser utilizados por todos a condición de usarlos en forma extremadamente elástica, problema que por esa época fue señalado por J. Sandler (1983). Estas razones me llevaron a defender la idea de que las teorías psicoanalíticas, en ciertos aspectos, guardaban una relación de inconmensurabilidad, es decir, que no podía asegurarse que existiera entre los distintos enfoques compatibilidad lógica y congruencia semántica, o dicho de otro modo, que hablaran de las mismas cosas con el mismo lenguaje. Para esto me apoyé en las ideas de epistemólogos como T. S. Kuhn y P. Feyerabend y, dado que mantenía el interés por la filosofía de la ciencia, llevé estas ideas en 1983 a un congreso de epistemología del psicoanálisis en Buenos Aires, donde existía un grupo de analistas y filósofos interesados en la filosofía de la ciencia. Presenté luego un trabajo más extenso en el Congreso Internacional de Montreal en 1987, el mismo en el cual R. Wallerstein, refiriéndose al problema del pluralismo actual, planteó en su discurso presidencial la pregunta acerca de si existe "One Psychoanalysis or Many?". Wallerstein puso el énfasis en la unidad de la teoría clínica como base común entre los distintos psicoanalistas, pero en ese momento esa respuesta no me resultaba del todo satisfactoria, pues el psicoanálisis se comportaba más bien como una ciencia con múltiples paradigmas (Bernardi, 1989).

Durante los 1980s se fue haciendo sentir progresivamente la influencia francesa y los analistas uruguayos nos volvimos más silenciosos, más interesados en el discurso verbal del paciente y menos atentos a interpretar el contacto emocional en el aquí y ahora de la sesión. Un estudio comparativo cuantitativo y cualitativo de las interpretaciones contenidas en los trabajos presentados en nuestra la sociedad mostró cambios significativos en las interpretaciones de los analistas entre las décadas de 1960s y 1990s. Las interpretaciones variaron efectivamente en forma significativa en diferentes aspectos (frecuencia global, énfasis en la transferencia, en la agresividad, etc.) pero no siempre en forma previsible con los cambios teóricos. Creo que los desarrollos originales aparecen muchas veces más en las teorías implícitas de los analistas que en las teorías oficiales. Debo decir que yo también había modificado mi forma de trabajo, volviéndome más silencioso y atento a la asociación libre del paciente. Pero este cambio no me dejaba satisfecho. Una actitud silenciosa y receptiva del analista resultaba útil en momentos en que predominaba en los pacientes una actitud de autoanálisis, pero resultaba insuficiente cuando era necesario un trabajo más intenso con las defensas del paciente, sus mecanismos primitivos o cuando el paciente estaba pasando por situaciones críticas. De modo que junto a la preocupación teórica por los aspectos conceptuales de los distintos modelos psicoanalíticos,

comenzó a incrementarse mi preocupación por la comparación de los resultados de estos distintos modelos en la práctica clínica. Esto me llevó a revalorizar autores pertenecientes a la tradición rioplatense (como ser E. Pichon Rivière, H. Racker, J. Bleger, D. Liberman, W y M. Baranger, H. Etchegoyen, etc.) que habían jerarquizado una perspectiva intersubjetiva que creo que sigue teniendo vigencia hoy día en relación a las discusiones actuales sobre los aspectos relacionales del psicoanálisis. Los trabajos de mi esposa, Beatriz de León me fueron de gran utilidad en esta revalorización. Me sorprendió también encontrar una línea de pensamiento en el Río de la Plata que había insistido desde hace medio siglo en la necesidad de dar un mayor sostén empírico a las hipótesis psicoanalíticas, tanto a partir del testeo de la interpretación en la sesión como a partir de la búsqueda de indicadores que permitan evaluar los cambios del paciente. Me llamó la atención la forma en la que muchas de estas ideas fueron dejadas de lado en el Río de la Plata y sustituidas por otras sin una adecuada discusión de las razones para el cambio.

Por esos años terminó la dictadura en Uruguay (1985) y volví a la actividad universitaria. Esto me significó un cambio considerable, pues yo estaba dedicado en forma casi exclusiva a mi práctica privada. Al retornar la democracia la Universidad debió abocarse a una completa reconstrucción, lo cual requería mucha dedicación. Yo pasé a ocupar la posición de Director del Departamento de Psicología Médica en la Facultad de Medicina y de Profesor Titular en la de Psicología. Pese a que el trabajo en la universidad era muy exigente y mal remunerado, fue un período muy estimulante. Por un lado me permitía aplicar las ideas del psicoanálisis a nuevos problemas, y al mismo tiempo me exigía tomar contacto con nuevos conocimientos y metodologías que desafiaban mis modos de pensar habituales. A poco de haber vuelto a la Universidad tuve que representar a la Facultad de Medicina en la Comisión encargada por el gobierno de elaborar un Programa Nacional de Salud Mental, lo cual requería considerar los problemas desde nuevas perspectivas. Esta situación volvió a repetirse muchas veces en relación a la necesidad de desarrollar diferentes campos de investigación que me planteaban nuevos desafíos. Se constituyeron equipos que trabajaron en problemas de la relación temprana madre-bebé, en los problemas del desarrollo de los niños en sectores pobres, en problemas de vulnerabilidad y resiliencia frente a las enfermedades orgánicas, en mecanismos de defensa, y en calidad de vida. En los años siguientes tuve que tomar contacto con los avances de la epidemiología clínica y de la Medicina Basada en Evidencias (Evidence-Based Medicine) y con la necesidad de discutir guías clínicas sobre psicoterapia. Me fue de enorme utilidad el contacto con otros analistas que estaban trabajando en el medio académico y permitió establecer convenios de trabajo que resultaron muy estimulantes para médicos y psicólogos más jóvenes que estaban investigando en la Universidad. A través del contacto con distintos centros (Universidad de Ulm, University College of London, Universidad de Cornell, etc.) pudimos mantener un intercambio con colegas que estaban también trabajando en la interfase entre el psicoanálisis y disciplinas vecinas. No es fácil integrar el conocimiento psicoanalítico con el de otros métodos y disciplinas y tal vez mi primera reacción fue la de mantener una disociación entre ambos tipos de conocimientos, pero con el tiempo me resultó más útil intentar mirar a los fenómenos desde múltiples perspectivas, sin pretender que ninguna de ella

agote el conocimiento de los fenómenos, pero dejando que estos distintos enfoques interactúen y de ser posible se fertilicen entre sí.

Creo que el pluralismo se plantea de forma diferente si lo consideramos desde una perspectiva postmoderna, relativista, que si lo miramos desde las ciencias de la salud. En este segundo caso surgen interrogantes que no podemos dejar de lado. ¿Qué cambia para el paciente cuando trabajamos con diferentes enfoques teóricos y técnicos? ¿Podemos realmente decir que algunos pacientes se benefician más con un modelo psicoanalítico que con otro? Estas preguntas no pueden quedar de lado cuando se trata de discutir las razones que nos llevan a preferir un modelo teórico o técnico a otro. Pero también es cierto que no disponemos de procedimientos infalibles para resolver sobre muchas de estas cuestiones, ni podemos conciliar todas las teorías, ni elegir del todo a voluntad la forma con la que trabajar con cada paciente. Nuestros recursos son más limitados. No hay disciplina ni procedimiento que permita responder todas las preguntas, sino que existen múltiples métodos para múltiples preguntas, y sabemos que todas las respuestas son provisionales. El psicoanálisis se enfrenta a preguntas de distinta naturaleza. Algunas son de naturaleza claramente empírica (p. ej., cómo se modifica en el análisis qué aspecto en qué tipo de pacientes estudiados de qué manera). Otras preguntas son en cambio de naturaleza hermenéutica, cuando nos preguntamos, por ejemplo, sobre el sentido de lo que ocurre en la sesión. Otras, en fin, son simplemente indecibles al menos en el estado actual del arte, es decir que sólo podemos hacer sobre ellas conjeturas, como cuando nos preguntamos por la naturaleza última de muchos conceptos metapsicológicos. No podemos por tanto resolver las cuestiones que plantea el pluralismo de una manera simple. Pero creo que sí es posible estimular los procedimientos que nos permiten avanzar frente a las preguntas relevantes y sobre los procedimientos válidos para responderlas. La investigación empírica y conceptual, y en primer lugar la investigación clínica es el apoyo principal de nuestras hipótesis, pero necesitamos examinar de qué manera esta evidencia es influida por las premisas explícitas de nuestras teorías y también por las teorías implícitas propias de cada analista, que son las que están más cerca de nuestro trabajo real (Sandler, 1983). Esto no significa caer en el relativismo ni en la fragmentación. Diversas experiencias, entre ellas la de Chair del Comité del Programa Científico del Congreso de Nueva Orleans, me sugieren en cambio que nuestra disciplina se fortalece en la medida en la que podamos discutir abiertamente nuestras diferencias y nuestras incertidumbres. Ni siquiera necesitamos acuerdos demasiado exigentes a nivel epistemológico –los cuales tampoco parecen posibles: pensemos en la dificultad de compatibilizar los enfoques epistemológicos tradicionales con las posiciones postestructuralistas y postmodernas. Creo que alcanza con el lenguaje común para permitir que los distintos enfoques psicoanalíticos puedan desplegar su argumentación, y de esa forma mostrar sus fortalezas y debilidades. En consecuencia me ha interesado cada vez más estudiar los debates en psicoanálisis y en especial las condiciones que permiten establecer un campo argumentativo compartido que permita controversias más fecundas y comparaciones más fundamentadas entre las distintas hipótesis. Desde esta perspectiva la inconmensurabilidad entre distintas posiciones puede ser considerada más como una estrategia defensiva para evitar la confrontación entre las diversas perspectivas que como un obstáculo insalvable. (citas). Mi trayectoria, pues, se dirigió desde el pluralismo hacia la búsqueda de argumentos y razones que permitan

fundamentar la preferencia de unas opciones a otras, sabiendo que estas razones son siempre provisorias.

En el prólogo al volumen 22 del *Psychoanalytic Inquiry* (“*From Ego Psychology to Pluralism and Diversity: An American Psychoanalytical Odyssey*”) Melvin Bornstein dice: “*Necesitamos crónicas, como la que Homero nos dejó, acerca de las motivaciones, aventuras y respuestas a los acontecimientos de nuestro último medio siglo*” (P. 1). Al leer la referencia a Ulises no pude dejar de evocar recuerdos de mi infancia, pues Ulises había sido uno de mis héroes favoritos. Yo había encontrado la Odisea en la biblioteca de mi padre siendo un niño y leí la obra ávidamente, creo que identificándome alternativamente con Ulises y con su hijo, Telémaco. Releí la obra muchas veces y siempre me resultaba formidable la forma en la que Ulises regresaba a su hogar y luego de tensar su arco lograba acertar su flecha en el blanco y derrotar luego a los pretendientes de Penélope. Pero luego de evocar estos recuerdos, fueron surgiendo en mí una serie de reflexiones, que, contra mis deseos, me fueron alejando del entusiasmo infantil por la hazaña de Ulises y me obligaron a tomar conciencia, con cierta desilusión, que en relación al pluralismo el final no podría ser el mismo que el de la Odisea. Tal vez podamos vencer al Cíclope y lograr dejar atrás la tentación de una visión unilateral sobre los problemas. Tal vez logremos también eludir el canto de las sirenas y renunciar a la atracción que nos despierta el intentar conciliar todas las teorías, sin darnos cuenta de que al hacer esto estamos en realidad antropofagizando las ideas. Es posible también resistir la tentación de vivir en el país de los lotófagos, donde los aportes del pasado se olvidan, para estar sólo interesados en las nuevas ideas de moda. Hasta aquí creo que es posible vencer. Pero me parece que debemos renunciar a la idea de llegar a una tierra originaria en la que la verdad no tenga otros pretendientes. Tampoco podremos con puntería infinita acertar en el centro de todas las preguntas. Pero tal vez algo nos queda. Cuando Ulises debe darse a conocer a Penélope no encuentra mejor manera de hacerlo que recordar la forma en la que construyó su lecho en el tronco de un árbol que sigue enraizado en la tierra en la que creció. De igual manera, nosotros no tenemos mejor manera de darnos a conocer que exponer, en la medida en la que nos sea posible, la forma en la que hemos construido las hipótesis en las que nos apoyamos.

### BIBLIOGRAFÍA

BERNARDI, R. 1989. The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. *The International Journal of Psychoanalysis* 70, 341-347.

BERNARDI, R. 1992. On Pluralism in Psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry* 12, 506-525.

BERNARDI,R. 2001. Psychoanalytic Goals: New and Old Paradoxes. *The Psychoanalytic Quarterly* **vol. 70 n.1**, 67-98.

BERNARDI,R. 2002. The need of true controversies in psychoanalysis. The debates about M. Klein and J. Lacan in the Río de la Plata. *The International Journal of Psychoanalysis* **83**, 851-873.

BERNARDI,R. 2003. What kind of evidence makes the analyst change his or her theoretical and technical ideas? In: *Pluralism and Unity? Methods of Research in Psychoanalysis*. Leuzinger-Bohleber,M.&.D.A.U.a.J.C. (ed), pp. 125-136.

BERNARDI,R. & DE LEÓN,B. 1992. Does our Self-Analysis Take into Consideration our Assumptions? In: *Self-Analysis. Critical Inquiries, Personal Visions*. James W.Barron,Ed. (ed), The Analytic Press., New Jersey.

KOHUT,H. 1971. *Analysis of the self*. New York, International Universities Press.

SANDLER,J. 1983. Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *Int.J.Psychoanal.* **64**, 35-45.

WALLERSTEIN,R.S. 1988. One psychoanalysis or many? *Int.J.Psychoanal.* **69**, 5-21.